

1

«Lo más difícil de estar enamorada es conseguir que no se note», pensó Isabel Prieto mientras recogía su mesa de trabajo. Tenía que hacer un gran esfuerzo para controlar sus emociones. Había cosas mucho más importantes en juego.

Hacía dos horas que había copiado a mano dos hojas de la agenda personal de su jefe, Julián de la Hoz, presidente del Banco Hispania y uno de los hombres más ricos de España. Las copias las había escondido en un termo de café con doble fondo que había llevado para tal efecto. Todas las precauciones eran pocas. Los enemigos cada día eran más poderosos, y ellos, a día de hoy, todavía muy poca cosa.

Una vez recogida su mesa de trabajo, Isabel se sentó a esperar. Lucio Inguanzo le había insistido mucho en que no se apartase de su rutina diaria, y ella jamás se marchaba del banco antes de las ocho. Para aligerar la espera se concentró en el discurso que la presidenta del Gobierno, Elisa Velázquez, pronunciaba en esos momentos en el Congreso de los Diputados. Con su tono monocorde y unas pausas eternas entre palabra y palabra, la presidenta enumeraba la lista de las nuevas medidas que iban a sufrir los españoles.

Era el primer discurso de Elisa Velázquez tras haber formado, obligada por las circunstancias, un gobierno

de concentración con el principal partido de la oposición. Su líder, y actual vicepresidente del Gobierno, el ultraconservador Vicente Ruiz, escuchaba atentamente desde su escaño. Las cámaras le enfocaban una y otra vez vigilando sus gestos, al acecho de sus reacciones.

A las ocho en punto, Isabel se levantó y apagó el televisor. Como secretaria personal de Julián de la Hoz, tenía permiso para entrar en su despacho cuando ella lo considerara necesario. Aun así, siempre llamaba dos veces antes de abrir la puerta.

En el despacho, junto a su jefe, siguiendo con atención el discurso de la presidenta, había otras personas: Luis López Castro y Mirella Dubois, gerente de la Fundación Hispania y directora de comunicación del banco.

A Isabel, como a casi todo el mundo que le trataba, Luis López Castro le resultaba especialmente antipático. Sus aires de hombre importante, su trato grosero y desconsiderado con sus inferiores y el servilismo que desplegaba ante Julián de la Hoz le repugnaban.

Luis López Castro, madrileño de 1950, era una de esas inteligencias moldeadas para la oscuridad, como tantas otras, en el Colegio del Pilar y en la Facultad de Derecho de Madrid. Siempre en la segunda fila del poder, había ocupado diferentes cargos técnicos en varios gobiernos de la democracia. Entre ellos el de secretario de Estado de Interior en los años noventa. Ahora ocupaba la presidencia de la Comisión Nacional del Mercado de Valores. Un cargo que convenía extraordinariamente a los planes de Julián de la Hoz. Su actividad favorita, además de ganar dinero y adular a los poderosos, era la de conspirar.

Esa tarde vestía uno de sus trajes hechos a medida en Savile Row. Isabel constató con satisfacción que, a pesar

de la reconocida maestría de los sastres ingleses, López Castro, al igual que la mayoría de la élite conservadora española, deslucía la prestancia del traje con una corbata inadecuada, de colores imposibles.

Mirella le dedicó una sonrisa cuando pasó por su lado. Aunque como directora de comunicación ganaba veinte mil euros al mes y ella sólo tres mil, a Isabel le caía bien.

La secretaria se acercó a don Julián y le pidió permiso para marcharse.

—Por supuesto, váyase a casa y descanse —le contestó, tan correcto como siempre.

Isabel salió a la calle y atravesó la barrera de manifestantes que veinticuatro horas al día, siete días a la semana, protestaban frente a la sede del banco y que tanto irritaban a don Julián.

A pesar de que su destino era la estación de metro de Iglesia, un trayecto que desde Sol, la estación más cercana a la sede del banco, se hacía en poco más de quince minutos, Isabel ya sabía que, debido a las reglas de clandestinidad que le había impuesto Lucio Inguanzo, su viaje iba a ser mucho más largo. Por la mañana, mientras desayunaba, había memorizado el itinerario a seguir: de Sol a Ventas por la línea 2; de Ventas a Alonso Martínez por la línea 5; de Alonso Martínez a Bilbao por la línea 4; y, finalmente, de Bilbao a Iglesia por la línea 1.

En total su viaje le llevaría aproximadamente una hora. Pero cambiar cuatro veces de línea le permitía asegurarse de que llegaba al piso de la calle Virtudes, donde se celebraba la reunión, sin que nadie la siguiera.

Para matar el tiempo y el miedo, Isabel leía, o hacía que leía. Un libro era una buena excusa para vigilar con

discreción. Cada poco tiempo interrumpía su lectura y echaba un rápido vistazo a los restantes pasajeros. En cada trayecto, procuraba memorizar los rostros de aquellos viajeros que le parecían sospechosos, por si se los volvía a encontrar en el siguiente recorrido.

Esa tarde empezó la lectura de una novela que se había comprado tanto por el título *Los enamoramientos*, como por una cierta fidelidad al autor, pues gracias a una frase que leyó en uno de sus libros —«la felicidad puede inventarse»—, su vida cambió.

La invención de su felicidad fue para Isabel un proceso largo, con avances y retrocesos. Una mezcla de rutinas y perseverancias. Lo primero, fue el trabajo. Convertirse en una secretaria perfecta. Lo logró. Después, ordenó su tiempo libre: los lunes, series inglesas; los martes, *sitcoms*; los miércoles, series de acción —gánsteres, policías—; los jueves, series raras —*Tinker Taylor Soldier Spy*, *Inspector Morse*, *Rubicon*—; los viernes, abogados. Los sábados, dividía su tiempo entre la limpieza de su casa, la compra de la semana y la lectura. Y los domingos, los dedicaba a ver una y otra vez las siete temporadas de *El ala oeste de la Casa Blanca*. Además de conocerse de memoria diálogos y situaciones, hacía un seguimiento exhaustivo de su personaje favorito C. J. Gregg, la portavoz de la Casa Blanca y más tarde jefa del gabinete del presidente Bartlet en la serie, interpretado por la actriz Allison Janney.

C. J. era una mujer con la que se identificaba al cien por cien. Le encantaba su forma de andar, sus gestos, sus seguridades y sus inseguridades. Procuraba imitarla.

Le hubiera gustado también poder imitar su vestuario, pero ni su sueldo ni su posición laboral se lo permitían. Fue a partir de esa pequeña frustración cuando

empezó a aficionarse a la lencería sofisticada. Ya que no podía ir vestida a su gusto por fuera, se daría el lujo de hacerlo por dentro. Esa tarde, a pesar de que iba a una reunión clandestina, estrenaba un conjunto de tanga y sujetador color negro de La Perla, comprado en rebajas, aunque le había costado buena parte de su sueldo. Tenía sus razones.

Desde otros puntos de Madrid, tres hombres, que también habían tomado sus precauciones, se habían ido encaminando al piso de la calle Virtudes. El más mayor de los tres, Lucio Inguanzo, un anciano, salía en ese momento de la habitación 311 del Hospital Gregorio Marañón, donde estaba ingresada su mujer.

En el otro extremo de Madrid, Antonio Oliver bajaba a toda prisa las escaleras de servicio de un hotel en dirección al parking. Llevaba bajo el brazo un casco de motorista. En el aparcamiento, tal y como le había indicado la mujer que le había recibido en la habitación 722, le esperaba un joven con una moto de gran cilindrada para llevarle al piso de la calle Virtudes. En el hall del hotel, ajenos a lo que estaba ocurriendo, sus guardaespaldas esperaban pacientemente a que su protegido cumpliera con lo que ellos pensaban que era una aventura galante. Tampoco sabían que la mujer de la habitación y la moto del parking formaban parte de la red clandestina que Lucio Inguanzo había diseñado para que Antonio Oliver pudiera despistarlos. Antonio Oliver era el ministro de la Presidencia del nuevo gobierno de concentración presidido por Elisa Velázquez.

El que había llegado con antelación al piso era Javier García. De pie frente a un gran mural de corcho que ocupaba una de las paredes del destartado aparta-

mento, reordenaba y revisaba las fotos que salpicaban el panel. La parte superior la ocupaban los retratos de Julián de la Hoz y del vicepresidente del Gobierno, Vicente Ruiz. En una esquina pinchó la foto de la presidenta Velázquez y con un rotulador trazó encima de su rostro un signo de interrogación.

Debajo de ellos, colocó los retratos de Luis López Castro, Mirella Dubois, y del subsecretario de la Vicepresidencia, Jaime Bosch. Después fue añadiendo a la gobernadora del Banco de España, Beatriz del Álamo, al fiscal general del Estado y al presidente de las Cortes. El resto del panel lo rellenó con empresarios y banqueros, políticos de los dos partidos mayoritarios, presidentes de empresas públicas y altos cargos de la administración del Estado.

Javier García —exinspector de Hacienda y exasesor de la Presidencia en el primer gobierno de Fernando Alcazar, el presidente más exitoso de los últimos años y para muchos españoles prematuramente retirado— era el causante, aunque él no lo sabía, de que Isabel estrenase esa tarde el conjunto de tanga y sujetador negro de La Perla.

Ella fue precisamente la última en llegar, y aunque faltaba aún una quinta persona, saludó a los tres presentes y sacó del termo las dos hojas en las que había copiado los datos de la agenda personal de Julián de la Hoz. Inguanzo encendió la vieja televisión del apartamento para que su sonido tapara las conversaciones. Una de las entradas, subrayada por Isabel, rezaba así: *Miércoles 24, comida con embajador T. S.*

—La he subrayado, porque estaba escrita con tinta verde, que es el color que utiliza don Julián para las citas muy importantes. Lo único que he podido averiguar es que el tal T. S. es americano.

—Yo me encargaré —dijo Javier.

No les dio tiempo a más. Los cuatro se volvieron al unísono al televisor. Una locutora leía un flash informativo. La persona que esperaban, el expresidente del Gobierno Fernando Alcaraz, había fallecido repentinamente en su domicilio víctima de un infarto de miocardio.

En el despacho de Julián de la Hoz la muerte de Fernando Alcaraz causó casi la misma impresión, aunque por diferentes razones, que en el piso de la calle Virtudes.

—¿Supongo que no tenemos nada que ver en esto? —preguntó airado el banquero.

—Por Dios, Julián —contestó Luis López Castro—. Qué cosas dices. Le teníamos vigilado porque Alcaraz siempre fue un tipo peligroso. Y porque todavía conservaba mucho poder dentro de su partido. Pero de eso a lo que insinúas... La verdad, me molesta que...

Julián de la Hoz le interrumpió:

—No te lo he preguntado para molestarte, sino para estar informado. No me gustan las sorpresas.

—Te aseguro que en este asunto no te vas a llevar ninguna.

—Eso espero. —Y dio por terminada la conversación. Mirella esperó a que don Julián se calmara.

—Debería usted asistir al entierro —le insinuó.

—Bajo ningún concepto.

Isabel llegó a su casa una hora después de que la noticia de la muerte de Alcaraz apenara a media España y alegrara a la otra media. Llevaba consigo una vieja maleta llena de los documentos, fotografías e informes que hasta entonces guardaban en el piso de la calle Virtudes. Ya no volverían a él. Lucio Inguanzo, a la espera de saber

exactamente las causas de la muerte del expresidente, había decidido que el apartamento ya no era un lugar seguro para reunirse. Buscaría otro piso franco y se lo comunicaría a todos de la forma convenida.

Mientras, Isabel se encargaría de guardar la documentación. Inguanzo había intentado levantarles la moral, pero se separaron con el ánimo encogido. Todos sabían que sin Alcaraz las posibilidades que tenían de parar a los conspiradores que querían apoderarse del país eran más bien escasas.